

# Sigmund Freud

IGNACIO SOLS LUCIA

## a) Exposición.

Aunque Freud no es propiamente un filósofo -en el sentido convencional de la palabra- resulta obligado su estudio en el marco de la filosofía contemporánea por la enorme influencia que ha ejercido, en la última parte del siglo veinte, su concepción del hombre. Esta concepción, aunque revestida de ropaje científico, es en realidad filosófica como veremos más adelante.

"El yo y el ello" no es la obra capital de Freud, la cual, como es bien sabido, es "la interpretación de los sueños". Pero es en la que mejor se transluce la concepción del hombre a que aludimos, por lo que hemos elegido esa obra, más breve para nuestro comentario. De todos modos, tanto en la exposición como en la crítica, incluiré frecuentemente elementos de otros ensayos de Freud, y muy principalmente de "La interpretación de los sueños", hasta el punto de que bien pueden entenderse estas líneas como referidas a ambas obras.

En la obra que comentamos se trata de las tres componentes que distingue Freud en la psique humana: "El yo, el ello y el super-yo" El yo es la conciencia y todo lo que pertenece a su esfera, es decir la vida anímica de la que somos conscientes. Es la componente racional del hombre: lo que pertenece a la esfera de la razón, de los pensamientos, de lo que el hombre percibe conscientemente y entiende. Este esfera no es sino la punta que asoma a la superficie del inmenso iceberg de nuestra vida anímica, cuya mayor parte se nos oculta. Es una actividad anímica que tiene lugar sin que seamos conscientes de ello. Es la habitación de nuestros instintos, donde se originan-fuera de nuestro control consciente-nuestros deseos. "Hasta ahora los hombres han dicho que tienen pensamientos. Después de mí, sabrán que tienen deseos" Este inconsciente está cargado de energía, una energía que a veces compara Freud con un fluido indestructible, un fluido que puede desplazarse, transformarse, aflorar al consciente, convertirse en energía motora -en gestos- que puede hasta ser transferida, por medio de la psicoterapia, pero no destruida. Su fuerza es la fuerza del deseo. Los deseos constituyen el motor de la vida psíquica -somos deseo- y su negación o frustración, la causa de sus patologías.

A esta esfera oculta en el hombre es a la que llama Freud "el ello"; "das es", en el alemán original; o el "id" si preferimos el latín. Lo importante aquí es el género neutro: la cosa, lo que se opone a mí, en el sentido de que no soy yo quien lo controla.

Pero existe además otra esfera -una esfera por encima del yo, si es que veíamos el ello como debajo del yo- una esfera, en cierto modo impuesta al individuo, y que procede del carácter social del hombre, del hecho de que ha nacido de unas padres y en una familia determinados, y ha sido educado en una cultura determinada: Del mismo modo en que el "yo" consciente cree que los deseos son suyos - se hace la ilusión de que escoge sus objetivos libremente- también llega a creer el yo que todo ese conjunto de ideas y máximas morales -lo que se debe hacer, cómo debe comportarse, de acuerdo a qué ideal- son sus ideas libres, cuando en realidad se trata solo de una superestructura -el superyo-que le viene impuesta. Impuesta primero por los padres y luego por la sociedad en que vive, cuyas tradiciones y valores no son sino una prolongación de la paternidad más allá de la infancia. El principio de autoridad paterna se desplaza después a otros maestros.

El yo, el ello, el super-yo. En cierto modo sería: lo que creo que soy, (lo que aflora), lo que en realidad soy (lo oculto) y lo que quisiera ser ("el ideal del yo") -ideal que, en realidad, me viene impuesto. Lo consciente, lo inconsciente, lo educacional.

Nuestro psiquismo, el mundo de nuestros deseos, queda fijado en nosotros en nuestra más temprana infancia. Estos deseos no son sino exigencias, básicamente, de dos instintos, en cierto modo antagonicos. Los instintos de vida, es decir los que favorecen la transmisión y conservación de la vida, tanto a nivel individual como a nivel de especie -siendo el principal, el amor. Digamos que la finalidad de estos instintos es la organización de la materia inerte en materia orgánica y de ésta en materia cada vez más organizada (formas de vida superiores). Y

están, por otra parte, los instintos de muerte -el odio, la sed homicida- cuya finalidad, en cambio, es la destrucción de la vida, que, en definitiva, no es sino la vuelta de la materia organizada al estado de desorganización.

El instinto de vida es causa de la libido o deseo sexual. Al principio, en el niño, este deseo es objetuado: se desea el sexo. Se desea al progenitor del sexo contrario, y así el niño desea a su madre, por lo que el padre aparece como el rival del amor sexual que siente por ella. Esto lleva al niño a odiar a su padre y a desear su muerte (Recordemos, en Sófocles, por ejemplo, cómo el héroe griego Edipo, dio muerte a su padre y se casa con su madre, todo ello sin saber que era así: inconscientemente) Pero el cariño que el padre pone en el hijo termina imponiéndose y desaparece al fin esa rivalidad, ese odio, ese deseo de muerte que terminan por convertirse en complejo de culpabilidad del niño por haber deseado tal, y que se traduce en sometimiento a su autoridad.

Este es el modo en que el complejo de Edipo se convierte en origen inconsciente del principio de autoridad, el cual se prolongará, como ya hemos dicho, en la tiranía del superyo. Observemos que el superyo es, pues, por su propio origen, inconsciente, resultando atrapado el yo, mi vida consciente, entre dos principios, que son, en cierto modo inconscientes.

Freud habla del superyo como un principio inconsciente no solo por razón de su origen sino también por el hecho de que no lo elijo yo, sino que me viene impuesto. Así pues inconsciente es, para Freud, la religión y lo son las normas sociales: pues son prolongación inconsciente de la más temprana autoridad paterna. Al superyo llega a llamarlo Freud "ideal del yo", porque es el ideal con el que el "yo" quisiera identificarse, vestigio, pues, de la imitación que el niño intenta de la personalidad de su padre, luego de la disolución, en edad muy temprana, del complejo de Edipo. Precisamente porque el "complejo de Edipo" llega a superarse en edad tan temprana nada recordamos de él, y solo nos queda noticia de su existencia a través de vestigios en la edad adulta, y de su permanencia en personalidades patológicas que nunca han llegado a superarlo. También nos llega noticia de este complejo ancestral a través de los sueños de "muerte del padre", que todos tenemos, los cuales no son en realidad sino sueños del asesinato de nuestro padre -aunque convenientemente disfrazados para burlar la censura- es decir la satisfacción de un deseo ancestral que de este modo "vemos realizado en sueños".

Al disolverse el complejo de Edipo, el deseo sexual o libido se desobjetualiza, convirtiéndose simplemente en deseo de placer, en deseo desexualizado que puede ser deseo de cualquier cosa. En cierto modo el propio yo, su propio bienestar, se ha convertido en objeto de su deseo y en ese sentido podemos decir que el complejo de Edipo se ha transformado en complejo de Narciso. La idea de Dios -garante de que serán satisfechos mis deseos- tiene su origen inconsciente en este otro complejo.

Hemos dicho que el complejo original de Edipo fue un fenómeno inconsciente del que solo solo tenemos noticia cuando aflora en patologías y sueños. Esto nos introduce en los dos aspectos centrales de la teoría freudiana: la interpretación de los sueños y el análisis de las psicopatologías (o al menos de ciertas psicopatologías). Para Freud, ambos, sueño y psicopatología, son manifestaciones -normal en un caso, anormal en el otro- de un mismo fenómeno: la represión de los deseos inconscientes. Esto es lo que sucede en ambos casos, y por mecanismos sorprendentemente parecidos.

Comencemos por el sueño. La idea fundamental de Freud en su famosa "Interpretación" es que los mismos mecanismos que son patológicos en la vida de vigilia -desplazamiento o disfraz para burlar la censura- son mecanismos normales en los sueños. Todos los sueños - y éste es el punto central de su teoría onírica- son realización de deseos. Lo fundamental aquí es que se trata de todos los sueños, aun los más desagradables, y no solo algunos sueños, los sueños agradables (para afirmar lo cual no haría falta teoría alguna, pues es a todas luces evidente, todos lo sabemos) No se trata aquí de realización patológica por medio de alucinaciones, como ocurre en estado de vigilia en el caso del psicópata, sino por medio de "representaciones visuales", mientras dormimos, de modo que llegamos a creer que aquello que tanto deseamos realmente ha sucedido...hasta que despertamos.

Observa Freud que esta teoría de la formación del sueño es compatible con algunas obras contemporáneas suyas sobre el mismo tema, en las que se recogen evidencias de que el

sueño toma su origen en sensaciones: un ruido que hemos oído, un poco de luz que ha entrado en la habitación mientras dormíamos, la sensación que recibimos de nuestra propia postura. En efecto, el cuadro que Freud describe es el siguiente: Tomando pie de una sensación externa o interna recibida en el preconsciente se inicia una primera representación, y algunos elementos de ella provocan un proceso de "regresión" (al inconsciente, esto es al mundo de los deseos perennes, fijados en la más temprana infancia): esto sucede así, porque en esa primera representación ha aparecido algo que le dice mucho al inconsciente, le recuerda algo que está allí desde hace mucho tiempo, quizá oculto del todo a la vida consciente, y ello desencadena su activación en búsqueda de la satisfacción de aquel deseo atávico que va a pujar por venir a la luz y realizarse en el sueño. Esto se va a conseguir mediante la representación visual sin alteraciones si este deseo no está mal visto por la censura que el preconsciente ejerce aún -aunque muy debilitada - durante el reposo, por lo que no es reprimido.

Pero tenemos con frecuencia otros sueños que no nos parecen agradables, y que en modo alguno catalogaríamos como la satisfacción de un deseo. Pero en realidad loes. Lo que sucede en tales sueños es que sus elementos se han transformado a fin de burlar la censura y no ser reprimidos. Freud analiza algunos sueños comunes, que todos tenemos -la muerte de un pariente, la carrera aún no terminada-y otros más específicos que le han sobrevenido a él o a familiares suyos, o a amigos o sobre todo a pacientes. En cada caso va estableciendo la cadena de desplazamientos que sufren los elementos de la representación, basada siempre en asociación de ideas o de palabras -las palabras tienen mucha importancia por su equivocidad y fuerza evocadora- y donde cada imagen o palabra tiene un gran poder de condensación, como en poesía, donde una sola palabra puede querer decir mucho, e incluso varias cosas al mismo tiempo, ya sea porque estén en sí mismas relacionadas o simplemente porque las relaciona esa palabra.

La censura en cambio es más severa e imposible de burlar durante la vida consciente (salvo en el caso de las alucinaciones, que son disfraces, aunque patológicos, con los que se burla a la censura. Cierta deseo que es muy fuerte - porque en el fondo son todos deseo sexual o "libido"- puja por ser hecho consciente para que el yo le busque satisfacción. Entonces pasa un severo examen o censura que el yo consciente obra por imperativo del superyo. El resultado puede ser que el deseo resulte bien visto, que "pase la censura", y entonces no hay conflicto, o bien que no la pase, y entonces el "yo consciente" lo intenta reprimir. En ese intento de represión -fallido o no-, en esa fuerte contracarga que la conciencia opone a la carga del deseo inconsciente, se origina la angustia. El placer buscado se ha visto truncado por el displacer, que se perpetuará porque la represión no es cosa de un momento, no se reprime el deseo de una vez por todas. Es devuelto al inconsciente como deseo reprimido, pero seguirá pujando, y tratará de salir a la luz de lo consciente para lograr su satisfacción, y tomará pie para ello del menor detalle externo que recuerde esa frustración. Serán necesarias, pues, nuevas represiones, y así se hará crónico ese estado de angustia.

En esto consiste la neurosis. Se trata pues de un conflicto entre la vida consciente y la inconsciente, a causa de un deseo que el consciente ha ordenado que no debíamos tener por no ser ético o imposible de satisfacer, o por no reconocer su dolorosa frustración, por lo que ha reaccionado diciendo que "las uvas no están maduras" , es decir negando que se da en nosotros -lo queramos o no - ese deseo, por muy insoportable que pueda llegar a resultar.

Puede ocurrir, incluso, que parte de esa carga no consiga ser reprimida del todo y parte de esa energía encuentre desahogo como energía motriz, en forma de gestos. Son los síntomas de la neurosis de conversión o neurosis histérica.

El caso verdaderamente grave, como ya hemos dicho, y de difícil recuperación es aquél en que el deseo logra burlar la censura durante la vigilia de forma parecida a como lo hace el hombre normal en los sueños: mediante alucinaciones que aparentemente no tienen relación directa con el deseo, no son realización en nuestra imaginación de ese deseo, pero que realmente lo son. Si no resultan reconocibles como tales es porque algunos de sus elementos han sufrido un desplazamiento o transformación por la misma vía de asociación de ideas que vimos en el caso del sueño. Se han disfrazado de "otro" para así burlar la censura y han llegado a conseguirlo. Es la esquizofrenia y son las paranoias delirantes.

Hemos explicado el origen de la neurosis de angustia, la neurosis histérica, y la esquizofrénica, entendiéndose por neurosis, en general, un conflicto entre la vida consciente y la vida inconsciente, o si se quiere, un conflicto irresuelto en la vida consciente que permanece en la vida inconsciente.

La labor del psicoanalista consistirá en sacar a la luz esa idea inconsciente (Dice Freud que, propiamente, es la idea lo que permanece oculto en el inconsciente, pues el deseo, que nace de esa idea, es ya movimiento hacia el consciente). Para ello deberá pedir al paciente que se relaje -la famosa camilla- imitando así, lo más posible, el relajamiento de la dormición, en que la censura se debilita. Además el psicoanalista pedirá al paciente que voluntariamente inhiba la censura, lo más posible, mientras contesta a sus intencionadas preguntas, para que aflore a su vida consciente lo que le angustia. Si logra el psiquiatra dar con la idea inconsciente que es causa de ese malestar debe darla a conocer al paciente para que así esa idea se aloje también en su consciente y sea aceptada por él. Cada vez que desde el inconsciente pretenda aflorar, no volverá a darse el conflicto, porque el consciente no la reprimirá pues ya la ha reconocido y la ha aceptado. La labor del psiquiatra es pues traer a la luz las ideas inconscientes patógenas, por insoportables que resulten a nuestra vida consciente, porque ahí, en el consciente ya no resultan patológicas, aunque sí puedan causar tristeza -menos tristeza, si se cuenta con consuelos, como por ejemplo, nuevas ilusiones-. Devolver a la gente a la miseria de su vida, cancelando sus mecanismos patológicos de defensa y sustituyéndolos por los correctos (por ejemplo, las nuevas ilusiones), ésa es la penosa labor del psiquiatra.

Esto último -la descripción de la labor del psiquiatra-no es propio sólo de la psiquiatría de Freud, como no lo es el descubrimiento del inconsciente y de su relación con las patologías. Son hechos innegables -que yo, desde luego, no criticaré- y que pueden encontrarse descritos en cualquier manual de psiquiatría.

Llegado a este punto, debo aclarar que, para no embrollar la exposición con demasiados conceptos, he simplificado algo el esquema de Freud. Su sistema requiere en realidad tres estados de vida psíquica, en vez de solo consciente e inconsciente. Se trata del consciente y el subconsciente, englobando este último tanto el inconsciente como el preconscious o "capaz de conciencia" Como solo el preconscious falta por ser presentado, diremos que aloja todo aquello de lo que no soy consciente en un momento dado, pero sin que suponga ningún ocultismo: puede llegar a ser consciente en cuanto ponga mi atención en ello. Por ejemplo, en el momento en que escribía estas líneas, el amor a mi madre no era consciente porque, la verdad, no estaba pensando en ella. Pero eso no significa que esté en el inconsciente o mejor dicho, que esté solo en el inconsciente (donde no cabe duda de que está) No se trata de algo oculto o reprimido, pues puedo actualizarlo en cuanto me venga en gana: basta pensar en ella, como acabo de hacer al buscar un ejemplo. Decimos pues que pertenece a mi preconscious. Así pues la vida preconscious es toda la vida consciente en potencia, no actualizada.

Pues bien, ya en posesión de esa terminología hemos de precisar un poco más y decir que Freud habla en realidad de dos momentos de censura y consiguiente represión de aquello que no haya sido bien visto por la censura. La represión que antes hemos referido se daría en el intento de abrirse paso hacia el preconscious de cierto material inconsciente. Pero hay otro momento de censura y por tanto de posible represión, y que sucede en el intento de paso de alguna idea o deseo preconscious al consciente. He querido reseñar aquí esta distinción por la importancia que le concederé en el momento de hacer mi crítica.

Las consecuencias de la concepción freudiana del hombre son claras: él mismo las saca, y también muchos de sus seguidores, y su impacto ha sido enorme en la sociedad contemporánea.

1) La educación, al menos tal como hasta ahora la hemos entendido, es causa de la represión y ésta es el origen de la angustia. La permisividad es pues el modo de evitar al niño los traumas que se prolongarán en su vida de adulto. Se comprende el enorme influjo que esta idea ha tenido en la pedagogía de las últimas décadas.

2) La culpa en el hombre no existe, y esto por razones que, después de esta exposición, deberían ser obvias. Ante lo que nos encontramos, pues, cuando nos parece percibir en

nosotros alguna culpa es ante el sentimiento o complejo de culpabilidad, originado inconscientemente en nuestra primera infancia: así como todo deseo es prolongación del deseo sexual por la madre que se dió en nuestra infancia, toda sensación de culpabilidad es la prolongación de la sensación de culpabilidad originaria por haber matado al padre, al menos con el deseo.

3) La idea de Dios es la prolongación que hace el niño, adulto ya, como sustitución o prolongación del padre que asistía su desvalida infancia y en cierto modo, por la vía del afecto, le hacía al niño omnipotente: este Dios será el garante sus deseos se vean cumplidos, haciéndole al individuo de algún modo omnipotente, gracias a esa providencia. En resumen, el hombre crea a Dios, lo crea su deseo de ver cumplidos sus deseos, su deseo de omnipotencia, y en definitiva su narcisismo.

4) La religión es, al igual que la idea de Dios, la proyección hacia fuera de elementos inconscientes del hombre, y más en particular, del complejo de culpabilidad que lleva al niño a someterse al padre al que deseó la muerte. Esto lleva a aquel niño adulto ya, o sea al hombre, a someterse a ese Dios Padre que él mismo ha creado. En la medida en que creencia en Dios y religión sacan al hombre de la realidad, escapan del "principio de realidad" como ocurre en los neuróticos, son estos calificados por Freud como "neurosis colectiva".

## B) Crítica

Leyendo a Freud, comprendemos muchos rasgos del ambiente de liberación sexual que se inició en los años sesenta. La juventud de los países occidentales entendió la moralidad, en éste como en otros ámbitos, como una carga represiva que la religión y la hipocresía había ido acumulando sobre el hombre. De hecho, entre las palabras de moda en esos años pueden reconocerse enseguida las que son argumentales en los escritos de Freud: "represión", "regresión", "angustia", "superestructuras", "tabús". Si tenemos en cuenta que los jóvenes de esos años son los adultos de hoy, comprendemos la enorme influencia que Freud ha ejercido sobre la sociedad actual. Podría decirse que es Freud la esencia del movimiento "progresista", que aboga por la liberación de las superestructuras que atenazan angustiosamente al hombre obligándole tiránicamente a sofocar su espontaneidad, prohibiéndole todo aquello que en realidad es su vida, o si se quiere sus necesidades fisiológicas. Recordemos que "¡prohibido prohibir!" era el grito de guerra en los años sesenta.

Está claro, pues, que el pensamiento de Freud viene a ser la esencia de ese autodenominado progresismo, y comprendido eso, podemos comprender entonces cual sea esa esencia: el regreso.

En efecto, por una parte, está claro que se niega el progreso -y en ese sentido podemos hablar de regreso-. Todo lo que hay en la humanidad de sabiduría acumulada de generación en generación, de civilización en civilización, todo aquello a lo que llamamos progreso, es descrito por Freud como superestructura, como añadido postizo al del hombre, como la causa de una represión que lo sume en una angustia que puede hacerse crónica en la patología. Así pues, la educación, la transmisión de la cultura, la "conservación" del "progreso", aquello, pues, que, como especie, claramente nos distingue de los animales -no parecer que haya paralelo en la vida animal- es integrado en ese superyo opresor, que suscita inmediatamente en el joven lector las ideas de rebeldía y liberación.

Se trata del regreso del hombre a la selva. La liberación de lo que entiende Freud como superyo, a la vez que la exaltación del ello, de lo instintivo, de lo irracional, de lo animal, a lo que se otorga el protagonismo de nuestra vida psíquica, no sin advertirnos de las patologías que se derivarían de su represión, es sencillamente regresión, y lo es precisamente en el sentido que Freud otorga a esa palabra: regresión al estado de infancia, y por tanto al señoreo de los deseos, de lo instintivo en mí, de lo irracional y ni siquiera advertido, toda vez que somos prevenidos del peligro que conllevaría intentar reprimir esas ideas inconscientes manifiestadas en nuestros deseos -ideas y deseos que han arraigado en mí mucho antes del uso de mi razón y por tanto de mi libertad. Alguién podría protestar que no es esto exactamente lo que Freud

quiere decir. Cuando menos podemos contestar que es esto lo que acaba entendiendo el lector, o al menos el lector más joven.

En consecuencia, estimo muy importante el conocimiento de Freud y su crítica. Comenzaré la mía personal observando lo obvio: Freud ha tocado fondo en una sucesión de versiones cada vez más devaluadas, más empobrecidas, de lo que es el hombre. Marx lo presentaba como materia sumida en un enorme proceso de producción; Nietzsche, también materialista, nos lo ha presentado como pura voluntad de poder- sin atención a ningún discurso racional o ético, sin los más mínimos sentimientos de compasión hacia los otros, hacia los débiles, hacia los esclavos. Freud, siguiendo esa línea materialista ni siquiera nos va a presentar al hombre como un ser "uno", sino más bien como dividido contra sí mismo, siendo su racionalidad una mera corteza que aflora, una punta de iceberg de lo que su verdadera vida es, vida inconsciente, irracional, y ésa es precisamente la vida que él no controla (o más vale que no lo intente). El punto de llegada es, pues, la reducción del hombre a vida animal, o a vida de infancia, a la vida aún no racional de aquel niño que fue y que nunca ha dejado de ser; el hombre, esclavo de su deseo, de unos deseos que solo con angustia y peligrosidad podría reprimir (y deseo, por cierto, que no va a desaparecer con haberle dado satisfacción, sino que, entonces, va a aumentar en su exigencia y se va a fortalecer hasta convertirnos en sus esclavos.) Nos hallamos pues ante la justificación teórica del hedonismo, en la acepción más tosca y elemental de esta palabra.

Puesto que el freudismo se presenta a sí mismo como ciencia, parece que se requeriría un científico -un psiquiatra- para darle cumplida respuesta. Pero el hecho es que Freud ha entrado en el terreno de la filosofía. En cartas personales declara lo que oculta en sus escritos publicados: que la intención del conjunto de su obra es filosófica. Y como resulta que todo hombre es filósofo -aunque sea en la forma de saber espontáneo- todo hombre está en derecho y en pie de igualdad para encarar esas afirmaciones criptofilosóficas. (De no ser así, estaríamos forzados a confiar los más profundos interrogantes de nuestro ser a los científicos, a los "expertos". Se habría puesto el fundamento de una abominable utopía -quizá no lo sea tanto- cuyos ciudadanos serían de dos categorías: "impensantes" y "expertos")

No entraré, pues, en el terreno científico, si no que, sobre ese punto, me limitaré a dos observaciones metodológicas.

1) La psiquiatría actual no sigue ya el método psicoanalítico freudiano. De hecho, ya los primeros psicoanalistas, los discípulos directos de Freud fueron abandonando paulatinamente, al llegar su madurez, la doctrina y métodos del maestro, lo que fue causa de indecible amargura para Sigmund Freud, quien vió en vida el desvanecimiento de su obra. Pero, cuando el freudismo estaba en claro retroceso en Europa, logró su éxito en la psiquiatría al otro lado del Atlántico, y de ahí su influjo cultural en nuestra actual sociedad. Sin embargo, parece ser que en el terreno psiquiátrico el psicoanálisis no ha dado de sí lo que se esperaba, y que hoy se parte de otros presupuestos que conllevan otras formas de terapia. Conceptos como el de represión, neurosis, que por su vaguedad significan todo y precisamente por ello no significan nada, están en claro retroceso en psiquiatría. De hecho el último Diccionario Internacional de Psiquiatría no incluye ya el término "neurosis". Por otra parte, la actual tecnología bioquímica y neurofisiológica ha permitido contrastar con la experiencia algunas afirmaciones de Freud acerca del sueño, con resultado negativo.

2) Un lector de Freud que cultive cualquier otra rama de las ciencias se siente inclinado a sospechar del carácter científico de sus afirmaciones y métodos, sobre todo en lo que se refiere a su interpretación de los sueños, que es la justificación pretendidamente científica de afirmaciones que son en realidad filosóficas. Él está en derecho de opinar en filosofía, pero ha de ser honesto y presentarlo como tal -como su filosofía- y no como conclusiones de una ciencia objetiva, dejando indefensos a los profanos en ciencia. No ciertamente a los que cultivan alguna ciencia -cualquiera que sea- pues distinguen enseguida lo que no es propiamente ciencia, por ejemplo a través del criterio de falsabilidad.

La interpretación de los sueños de Freud y por consiguiente sus conclusiones no es ciencia falsable. Esto significa que sus afirmaciones no pueden ser refutadas experimentalmente. (y, como hemos señalado, las pocas afirmaciones que son refutables han sido de hecho refutadas por la actual ciencia experimental del sueño, como por ejemplo la que estima el momento

preciso del descanso nocturno en que se producen los sueños) Freud no demuestra nada. Sus afirmaciones son siempre hipótesis que con el uso en parte más avanzada de la obra llegan a ser consideradas como tesis. Hay explicación para todo, pero la explicación se basa siempre en la introducción de mecanismos intermedios, o mecanismos de traslación que no pueden verse, pues se supone los tapa "la censura". Se entiende enseguida que este esquema, ubicuo en la obra de Freud, es inmune a cualquier crítica. Así su obra resulta infalsable. Es decir, no es científica.

Cuando se trata, por ejemplo, de que todo sueño - y no solo algunos sueños- es la realización de un deseo (piedra angular de su teoría) se postulan los mecanismos que disfrazan lo que Freud afirma ha sido el sueño hasta convertirlo en lo que nosotros recordamos haber soñado. El psicoanalista muestra al paciente la cadena de sucesivos disfraces con los que el sueño burló a la censura (añado al final, como apéndice, un par de ejemplos tomados textualmente de la "interpretación de los sueños"): Lo que realmente soñó no era realmente lo que él recuerda sino tal otra cosa, una vez despojados los disfraces. Muestra cómo cada elemento del sueño se transformó por asociación de ideas en otro que de algún modo lo recuerda, y éste en otro, y así sucesivamente hasta llegar a una apariencia que ya no resulta intolerable para la censura y ésta es precisamente la que él recuerda. Si el paciente no es un Sancho Panza que creía a pie juntillas todo lo que le decía su sabio señor, manifestará quizá que no cree que haya sucedido así, pero esa misma negativa la interpretará el doctor como el efecto esa misma censura, pues ésta sigue actuando, y aún con mayor efectividad, en el estado de vigilia. Puestas así las cosas, es manifiesto que la interpretación del doctor es absolutamente inmune a la crítica.

Y esto mismo sucede, habida cuenta del paralelismo freudiano entre sueño y patología, cuando el especialista explica al paciente la causa inconsciente del mal que le aqueja, causa supuestamente oculta a su yo consciente por intervención de la censura. La falsación brilla de nuevo por su ausencia, pero se comprende que la cosa es ahora más grave, y los abusos a los que se presta.

Permítaseme que, por su importancia, vuelva a ilustrar lo dicho mediante otro ejemplo. Todos tenemos experiencia de la dificultad con que recordamos en su integridad lo que hemos soñado. Solo recordamos partes del sueño, algo inconexas. Y de que esa dificultad crece a medida que avanza el día, como reseña Freud, siendo cada vez más difícil recordar el sueño, a menos que se haya fijado ya memoria de él en el momento mismo de despertar. Pues bien, esa dificultad es interpretada de nuevo por Freud como obra de la censura: las partes que no logramos recordar y que dejan el sueño inconexo resultan ser las partes que han tenido problemas con la censura. Nadie podrá probar nunca que eso sea falso, por lo que esa afirmación no es científica, y de hecho su aceptación requiere buenas dosis de fe freudiana. Esta osadía de Freud, su habilidad para presentar como científico lo que no lo es, como probado lo que es solo su propia hipótesis, resulta inofensiva a la hora de interpretar un sueño, pero algo más grave cuando se trata de decirle a un hombre, a un paciente, lo que en realidad hay dentro de él, y gravísima cuando trata de decirle al hombre lo que es.

De hecho, la existencia misma del inconsciente -del que ya habían tratado autores anteriores a Freud- es puesta hoy en tela de juicio. Pero como no tengo autoridad para entrar en ese debate, me limitaré a utilizar el término inconsciente tan solo para referirme al hecho incontestable de que se da en nosotros más vida psíquica que aquella de la que somos conscientes. (Todos tenemos experiencia, al menos, de cierta memoria inconsciente: lugares, por ejemplo, que aparecen en sueños y que habíamos llegado a olvidar en nuestra vida consciente) La actitud científica contemporánea, en concordancia con la actitud en los orígenes de la ciencia, consiste en atenerse a los fenómenos, sin sancionar interpretaciones. Y aquí el fenómeno innegable es que hay psiquismo inconsciente. (Aunque, claro está, si se adopta esa actitud epistemológica de corte moderno, desaparece gran parte de la obra de Freud, pues consiste precisamente en la interpretación de ese fenómeno, en la hipotetización-que termina siendo afirmación- de las realidades subyacentes al fenómeno)

Ahora bien, el hecho de que admitamos que existe vida psíquica inconsciente no significa que vayamos a seguir a Freud en su concepción quebrada de lo que es del hombre, como si el hecho de que haya más en mí de lo que puedo advertir implicara que yo sea dos o tres seres como da a entender el doctor austríaco. Y menos aún que vayamos a admitir que soy

esencialmente un solo ser, si éste ha de ser el irracional. Entendemos, más bien, que es precisamente la racionalidad, y consecuente libertad, lo que distingue la vida humana de la vida puramente animal y esa misma racionalidad, una vez acumulada, a la que llamamos cultura. Solo el hombre es capaz de cultura y progreso y solo en el hombre se da sentido ético, y a la transmisión de esos rasgos distintivos suyos es a lo que llamamos educación. Así pues, solo el hombre educa, en sentido propio, a sus hijos.

Pero todo esto, para Freud, no es sino superestructura, algo añadido al hombre que esencialmente no es del hombre. En particular, esto es la religión para Freud. Alguien ha dicho que no es sorpresa la destrucción de la religión en la obra de Freud, porque antes había destruido al hombre. En efecto, destrucción del hombre es esa división contra sí mismo, o, aún peor, esa reducción a la irracionalidad, a la veleidad de deseos inconscientes, éstos a su vez reducidos a deseo sexual.

Es muy significativo que la estación de término de la aventura racionalista sea precisamente, por cualesquiera caminos, la reducción a la irracionalidad. Sucedió ya en Marx, como sustitución de la teoría por la praxis: "El mundo no hay que explicarlo. Hay que transformarlo". Sucede en la obra de Nietzsche con su reducción del hombre a voluntad de poder y su desprecio a la razón, en la que solo ve la defensa de los débiles. En Freud, esta irracionalidad toma la forma de primacía del inconsciente. ¿Cómo es posible este paradójico final? Lo repetiré una vez más. Se esperó de la razón lo que la razón no podía dar: la demostración misma de la existencia de los seres, más bien que su mera observación. Se exigió del árbol el fruto que no podía dar. Al final, su descrédito ha sido total.

Y con el descrédito de la razón, que lejos de la obra de Freud quedan ahora las máximas de la antigua sabiduría humana "per aspera, ad astra", qué lejos el esfuerzo por la virtud, por la vida buena, la vida digna. Qué irreconocibles resultan desde esta filosofía -no por cierto desde cualquier filosofía ética, aun pagana- aquellas palabras de Jesucristo: "los violentos lo arrebatan" o "Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo" Y palabras en que no solo enseña que podemos ser señores de nosotros mismos, sino también el modo en que podemos serlo: "Tu ojo es la lámpara de tu cuerpo. Si tu ojo es sencillo, todo dentro de tí será luz; pero si tu ojo es malicioso, todo serán en tinieblas, ¡Y cuán grandes serán las tinieblas!"

Precisamente quiero tomar pie de estas palabras para ilustrar mi contestación al planteamiento de Freud: "si tu ojo fuere sencillo...". En efecto, el secreto de la vida moral y psicológicamente sana reside en la atención. De ella podemos ser señores -podemos prestar atención o denegarla a lo queramos- y al adueñarnos de ella nos adueñamos de nosotros mismos. Frente a un Freud que primero ha patologizado el sueño, luego ha patologizado la vida buena -la vida del hombre que se esfuerza por alcanzar la virtud- y que al final ha terminado por patologizar al hombre mismo -dividiéndolo contra sí mismo en oprimido y opresor-, convendrá que esbozemos, desde el puro sentido común o mera experiencia de la vida, un breve esquema de lo que puede ser una relación normal con nuestro psiquismo inconsciente. Y esto haremos desde esa clave de la atención.

En primer lugar, digamos que la vida del hombre es más que su psique, pudiendo darse el caso de que la psique goce de perfecta salud y haya sido la vida un verdadero fracaso. Porque un hombre tiene una razón para vivir, y esa razón no es, evidentemente, su propia salud, ni siquiera su salud psíquica. La "tercera escuela de Viena", como se llama a la fundada por Victor Frankl, después de las escuelas de Freud y Adler, llega aún más lejos: puede ser que hasta la salud psíquica dependa que se le haya encontrado a la vida ese sentido, de que se haya encontrado una razón para vivir, un "porqué" para vivir que haga soportable cualquier "cómo". Se trata aquí del deseo que se da en el hombre -no del tipo de los instintivos deseos freudianos- de que su vida sea útil, y de ahí ahí la angustia, el vacío existencial, en caso contrario. Un deseo, pues, que no se da en los animales, por lo que no puede reducirse a instinto de conservación animal, contrariamente a la teoría de Freud.

En su opúsculo "el hombre en busca de sentido" narra Victor Frankl sus recuerdos del cautiverio en Auschwitz y Dachau, y explica cómo un hombre al que se ha negado la satisfacción de todos sus deseos instintivos puede mantener la integridad de su psicología si ha encontrado a su vida un sentido tan profundo que de sentido a su mismo cautiverio. Eso es

puntualmente así en la experiencia religiosa, cristiana donde se otorga a la cruz un sentido salvador.

Después que hemos observado que la vida humana no se reduce a psique, ni la psique se reduce a deseos, ni los deseos se reducen a deseos instintivos (hemos hablado de deseos del espíritu) pues que nuestra propia vida animal está toda ella penetrada de racionalidad, indiquemos el modo en que podemos mantener una relación de señorío, sana y normal, con los deseos instintivos, más bien que una relación de esclavitud. Recapitemos teleológicamente sobre el papel que juegan los deseos en la vida humana. Aparece enseguida que lo que en realidad tenemos son fines, y estos se ordenan unos a otros. Tenemos el fin de la supervivencia individual y el de la especie, a los que se ordenan todos fines intermedios que hacen referencia al trabajo - a la búsqueda de alimento- y los que se ordenan a la procreación, respectivamente. Pero la consecución de esos fines entraña esfuerzos a veces muy áridos, esfuerzos que no se llevarían a cabo si no contara el hombre con la palanca -a veces de maravillosa fuerza- del deseo.

Y todo está dispuesto con armonía por la naturaleza: cuando el esfuerzo requerido para un fin es especialmente árido, el deseo correspondiente es muy fuerte. Así explicamos el fortísimo instinto de conservación y la pulsión sexual -conservación del individuo y conservación de la especie. Si se tienen en cuenta las muchas penalidades que conlleva la vida, se comprende que a la conservación de ésta deba corresponder un deseo instintivo muy intenso, el más intenso de todos: el deseo de vivir, el terror a la muerte que lleva al hombre normal, como a cualquier animal a escapar de los lazos de sus perseguidores aun privándose del sustento, del reposo, o cualquier placer y también a abstenerse del suicidio. Y por otra parte, el instinto de procurarse el sustento, y un lugar donde vivir... que en el hombre se prolonga en forma de trabajo, trabajo con el que caza y adapta la naturaleza a su servicio. Todo ellos es costoso, pero es necesario para la conservación del individuo, y en correspondencia hallamos en el hombre deseos de realización y superación de sus capacidades que tienen que ver con la realidad del trabajo. Esto, en cuanto atañe a la conservación del individuo. Y en cuanto a la conservación de la especie, observemos que mantener una prole es algo que exige costosos esfuerzos, por lo que ha de corresponder un fuerte impulso: el impulso sexual.

Y así , porque encontramos al hombre rodeado de fines arduos, no es de extrañar que la naturaleza nos haya revestido de deseos fuertes que corresponden a esos fines (no discutimos ahora si eso ha sucedido por selección natural o de otro modo) . Pero la capacidad de desear del hombre es mayor que la capacidad de conseguir. En consecuencia, la insatisfacción de algunos deseos, el fracaso, es también parte de la realidad humana, es normal. Por eso la naturaleza ha dotado también a nuestra psicología de los resortes necesarios para defendernos y reponernos en caso de insatisfacción del deseo o fracaso. El deterioro psicológico sucede solo cuando una persona no hace uso de esos mecanismos naturales de defensa sino de mecanismos erróneos. De entre los mecanismos de defensa psicológica ante la insatisfacción del deseo catalogados por los psiquiatras como incorrectos -escape, aislamiento, renuncia a la acción-, el que suele señalarse como más peligroso para nuestra salud psíquica consiste es el intento de negación de la existencia del deseo que no se pudo o no se debió satisfacer.

Me ayudaré con un ejemplo. Una muchacha sueña con ser el día de mañana madre de una familia tan maravillosa como aquella de la que es ahora hija. Pero llega el día de mañana y se acerca el tiempo de la menopausia sin que haya habido matrimonio. Un fortísimo deseo va a quedar insatisfecho. Mecanismo erróneo de defensa que podría a la angustia y deterioro de su psicología: ante la dificultad de casarse, negar que tenga deseo de ello, convenciéndose a sí misma de que es mejor ser soltera por cierta razón increíble. Pero el deseo permanece, lo sepa o no, y seguirá empujando y esa absurda razón tendrá que repetírsela una y otra vez, cada vez que un detalle nimio - un cochecito de bebé- vuelve a despertar en ella el deseo cuya existencia ha negado. Y aquí el repetirse a sí misma una vez y otra esa razón que no se cree, y aquí la angustia, y el deterioro de la psicología o, si quiere llamársele así, la famosa "neurosis de angustia" -no entraré en cuestión de términos.

No usó un mecanismo correcto, pues es insano intentar autoconvencerse de que no se da en nosotros un deseo que se da. Por usar los términos de Freud, convenimos en que no es sano intentar impedir que se haga preconscious un deseo inconsciente, es decir, lo que él

llama la primera represión. Lo conveniente es que nos conozcamos lo mejor que podamos, aun a cambio de tener que aceptarnos tal como somos, incluídos nuestros pies de barro, nuestros deseos más animales, y también los más inalcanzables, o sencillamente los no alcanzados. Es esa recomendación de la ascética tradicional cristiana, y la misma recomendación hallamos en otras manifestaciones de la sabiduría humana, por ejemplo en la filosofía griega, con su recordado adagio: "¡conócete a ti mismo!" Y una vez conocido, acéptate como eres. Es ese coche, y no otro mejor, el que vas a tener que conducir. Vale la pena que intentes conocerlo lo mejor que puedas, para que mejor puedas conducirlo, más bien que intentar engañarte acerca de él.

Y , una vez conocido, ¿cómo se conduce el coche? Paul Ricoeur nos recuerda la fórmula que resume nuestra vida moral: "controlando la atención" De entre todos los deseos que hay en mí -incluído el de hacer daño a quien me lo ha hecho a mí- "razono" sobre cuáles son convenientes y éticos por una parte, y por otra parte son alcanzables, y éstos son los que me propongo, centrando en ellos mi atención consciente. En cuanto al resto, los que no han pasado la censura de mi racionalidad -si se insiste en llamarla así-por juzgarlos inícuos o imposibles de alcanzar, dejaré que sigan durmiendo el sueño del preconsciente, sin esforzarme vana y peligrosamente en ejercer sobre ellos la "primera censura" y echarlos de allí , es decir sin negar su existencia, porque entonces se alojarán en el inconsciente y seguirán pujando por hacerse preconscientes, causando angustia. Pero nada hay insano en que ejerzamos un control o censura en paso del deseo preconsciente al consciente, porque yo puedo dirigir mi atención hacia donde me da la gana (por ejemplo hacia otro deseo que también encuentro en mí y que entiendo que sí es realizable. "Ilusionarme con él". Siempre se encuentra. Esa convertibilidad del deseo es natural, es una previsión de la naturaleza, y su uso no es insano. ) De hecho, no solo podemos ejercer sin peligro ese control sino que debemos hacerlo . Ésa es la vida libre, ésa es la vida según la recta razón.

Paul Ricoeur observa que ¿se dan tantos determinismos en la vida humana! Pero yo puedo y debo "elegir los determinismos que se dan en mí". Valga de nuevo el ejemplo del coche. Está lleno de mecanismos deterministas. Si el volante está en tal posición el coche marchará necesariamente en tal dirección, etc... Pero el coche lo conduzco yo, y lo conduzco mejor cuanto mejor conozca sus mecanismos, los determinismos que hay en él , y de ahí el error de intentar engañarme acerca de esos mecanismos.

Comprendemos ahora cual puede ser un mecanismo de defensa correcto para la mujer soltera del ejemplo anterior. Los mecanismos están ahí, la naturaleza los ofrece, prevé de algún modo la insatisfacción de los deseos que ella misma pone en nosotros. Sin negar aquel deseo, puede decirse a sí misma: ya que no he podido formar un hogar feliz como el que tuve, voy a hacer algo que aún está de mi mano, voy a encargarme de cuidar a mis padres para que el hogar que he tenido tenga también un final feliz. Y vemos a esa muchacha con la alegría profunda de ser el ángel de sus padres ancianos. Su vida no es ya un sinsentido. No habrá servido "para eso" pero habrá servido "para algo". Una relativa normalidad psicologica - compatible con la tristeza- se restablece entonces, porque está en el alma humana ese resorte de la sustitución (tenía que haberlo pues deseamos más que podemos realizar): el resorte psicologico o mecanismo natural de defensa por el que , ante un deseo insatisfecho, tendemos a poner nuestra atención, -y a ella seguirá nuestra ilusión- en otro deseo realizable y perteneciente al mismo orden.

Unos comentarios, para acabar, a las consecuencias sociológicas que Freud deriva de su teoría.

- 1) El niño abandonado por la permisividad, se siente indefenso al no sentir autoridad alguna, al no sentir a nadie como padre, indefenso ante sus propios caprichos que no puede controlar- esta es observación de Ana Freud, hija de Sigmund Freud. La influencia que el psiquiatra austríaco ha tenido en la pedagogía moderna es patente. Esta pedagogía ha llevado a que nuestros niños actuales no sepan nada -nada hay que memorizar, no hay que traumatizarles- ha acabado con la policía en las aulas, que es lo que sucede en los USA. En eso ha terminado la total libertad total en la satisfacción de sus deseos, el respeto a su espontaneidad, la prevención a imposición alguna, etc...

Y en cuanto a la educación sexual del adolescente, el abandono de éste a su propia apetencia sexual, supone, a la larga, la partida de defunción de la familia. En efecto, más tarde la apetencia sexual -que no se ha habituado a controlar- consistirá en cambiar a la esposa de cincuenta años por dos secretarias de veinticinco. Con la familia rota, con los hijos sufriendo ahora el trauma psicológicamente desestabilizante de la separación de los padres, y con los padres sufriendo mañana la terminación de su sueño en una residencia de ancianos, ¿dónde está la fuente del desequilibrio mental, o si se quiere, de la neurosis, en la tradición educativa que enseña al hombre a señorear sus instintos o en la "buena nueva" que le aconseja entregarse a ellos?

2) Sobre la reducción freudiana de la culpa a mero sentimiento de culpabilidad. Si esto es así, al traducirlo a la esfera del derecho, nos encontramos con que no hay pues responsabilidad civil o penal, y por tanto no hay delito, sino tan solo la transgresión positiva a una ley positiva, por la que se impone, por razones pragmáticas -¡y por tanto injustas!-, la reclusión en la cárcel.

En la esfera moral, no hay tampoco responsabilidad, y por tanto no hay pecado. Pero si no hay pecado, tampoco hay posibilidad de arrepentimiento, ni la hay de perdón. Se ha dejado al hombre totalmente desamparado.

Recuerdo una obra de teatro de T.S. Eliot, en que una mujer educada en el ateísmo abre su corazón ante el psiquiatra. Profundamente angustiada por su propia vida, llega a decirle que solo una palabra, en principio absurda, una palabra para ella desconocida, le transmite paz, su sola pronunciación le reconcilia consigo misma: "He pecado". Pero esta posibilidad de perdón, esta posibilidad de reconciliación, de paz, se la ha arrebatado Freud al hombre al privarle del reconocimiento de su culpa. Para el autor austríaco, no hay tal, no hay culpa real, culpa ontológica, sino tan solo "sentimiento de culpa".

3) La idea de Dios como un mago que el hombre, como en el cuento de Aladino, tiene a su servicio. No es así. La idea de Dios va unida primariamente, desde sus manifestaciones prehistóricas, a la idea de adoración, y lleva a entender la propia vida, no como un servicio que Dios ha de hacerme para alcanzar mis deseos, sino más bien como un servicio a Dios, cuya gloria es la finalidad misma de la propia vida. Todo está forzado para que entre en su esquema prefijado, sin la más mínima ontología, sin preguntarse siquiera si esa idea corresponde o no a un Ser realmente existente: la respuesta a esa pregunta se da por descontada, y con ella todo lo demás, sin la menor argumentación.

4) Sobre la religión. Diré con Aquilino Polaino que "Freud ha destruido la religión porque previamente había destruido al hombre" Lo ha dividido, lo ha animalizado, lo ha reducido a deseos, y éstos a mero deseo sexual: aparece éste, a lo largo de toda la obra freudiana, como "homo necessitatus", hombre necesitado de placer. Pero necesidad se opone a libertad, y donde no hay libertad no hay responsabilidad moral. Desaparece así el hombre ético. ¿Qué va a quedar del hombre religioso? ¿Qué va a quedar en un hombre reducido a irracionalidad animal?

La apertura hacia la religión, en cambio, aparece más natural en esa otra y más moderna psicología que entiende la vida del hombre como una búsqueda de sentido (Victor Frankl), un deseo de vivir por algo. Es precisamente lo que le distingue al hombre del animal, una ambición de dicha que no es ambición de placer, pues el hombre quiere lo que quiere, y no el placer, ya que, como dice Kierkegaard, "la puerta de la dicha no se abre hacia dentro, sino hacia afuera"

El yo, el ello, el super-yo. Y la noticia que de éstos tenemos nos llega de la interpretación de los sueños, y de la psicología de los psicópatas. Se trata pues de la interpretación de una interpretación, y ésta basada sobre hipótesis ni demostradas ni falsadas, ni que puedan serlo, porque por su misma índole son infalsables. Se trata, pues, de afirmaciones filosóficas que se presentan como derivadas de un corpus científico, que no es científico. Sobre esta base se ha asentado la revolución de valores de nuestro siglo. Marx, Nietzsche, Freud. La trinidad sagrada de la religión progresista. En definitiva, el regreso. La ley de la selva. La destrucción del hombre.

## APÉNDICE : ALGUNOS SUEÑOS INTERPRETADOS POR FREUD

Sueño inocente de un joven. Sueña que ha tenido que "ponerse de nuevo el gabán de invierno, cosa terrible" El motivo de este sueño parece ser, a primer vista, el frío que de repente había vuelto a hacer. Pero un examen más detenido nos muestra que los dos breves fragmentos de que se compone no concuerdan entre sí, pues el tenerse que poner un gabán de invierno, porque hace frío, no es nada "terrible". Por desgracia para la inocencia de ese sueño, la primera ocurrencia que surge en el análisis es la de que una señora había dicho en confianza a nuestro sujeto, el día anterior, que su último hijo debía su existencia a la rotura de un preservativo: los preservativos finos presentan el peligro de romperse y los gruesos son molestos. Un preservativo es como un vestido o gabán. Si a él, soltero, le ocurriese algo como lo que la señora le ha relatado, sería "terrible".

Un bello sueño. "acompañado por un nutrido grupo de gente, entra en la calle X, en la cual hay una modesta posada (dato inexacto en la realidad). En las habitaciones de esta posada se esta verificando una representación teatral, y él es tan pronto espectador como actor. Al final todos tienen que cambiarse de traje para volver a la ciudad. A este fin se designa a parte del personal las habitaciones del piso bajo y a la otra las de primero. Los de arriba se incomodan porque los de abajo no han acabado todavía y no pueden ellos bajar. Su hermano está arriba, él abajo, y se incomoda con aquél porque le da tanta prisa (toda esta parte, oscura en el sueño) Además, ya al llegar estaban distribuidas las habitaciones y determinado quién había de estar arriba y quién abajo. Luego camina solitario por la cuesta que la calle X forma en dirección a la ciudad y anda tan difícil y trabajosamente, que apenas avanza. Ve a un caballero anciano que se une a él e insulta al rey de Italia. Próximo ya al final de la pendiente comienza a andar con mayor facilidad"

La fatiga al andar fue tan clara en el sueño, que todavía, al despertar, dudó el sujeto por algunos momentos si se trataba de un sueño, o de una realidad.

Si nos atenemos al contenido manifiesto, no presenta este sueño nada que merezca nuestro interés. Contra lo regular, comenzaré la interpretación por el fragmento que el sujeto manifiesta ha sido el más claro y preciso.

La fatiga soñada y probablemente sentida en el sueño, esto es, la disnea al subir la cuesta, es uno de los síntomas que el sujeto mostró realmente hace algunos años y fue atribuido por entonces, con otros fenómenos, a una tuberculosis (simulada probablemente por una histeria). Conocemos ya, por nuestro estudio de los sueños exhibicionistas, esta sensación de parálisis peculiar fenómeno onírico, y volvemos a comprobar aquí que es utilizada como un material disponible en todo momento para los fines de otra cualquier representación. El fragmento onírico que describe cómo la subida se hacía muy trabajosa al principio y fácil, en cambio, al final de la pendiente, me recordó, al escuchar el relato de este sueño, la conocida y magistral introducción del "Safo" de Alfonso Daudet. Un joven sube una escalera llevando en brazos a su amada. Al principio no siente apenas el peso del adorado cuerpo, pero conforme va subiendo va haciéndose más pesada su carga, hasta resultarle intolerable. Esta escena resume la narración de Daudet, en la cual se propone el poeta advertir a la juventud de los peligros de prodigar sería inclinación a mujeres de baja extracción y dudoso pasado. Aunque sabía que mi paciente había mantenido, y roto poco tiempo antes, relaciones con una actriz, no esperaba yo que mi espontánea interpretación se demostrase acertada. Además, la escena de Safo se desarrollaba en sentido inverso al del sueño, pues en éste es la subida penosa al principio y luego fácil, mientras que para el símbolo de la novela es necesario que aquello que al principio parece ligero resulte luego una pesada carga. Para mi satisfacción, observó el paciente que tal interpretación se adaptaba muy bien al contenido de la obra que la noche anterior había visto representar en el teatro. Dicha obra se titulaba "en derredor de Viena" y desarrollaba la vida de una muchacha de origen humilde que, lanzada a la vida galante, subía a capas más altas de la sociedad por sus relaciones con hombres aristócratas, pero acababa descendiendo cada vez más bajo. El argumento de esta obra le había recordado otra, titulada de escalón en escalón, en cuyos carteles anunciadores se ostentaba una escalera de varios escalones.

La interpretación de este sueño continuó luego en la forma siguiente. En la calle X había vivido la actriz con la que últimamente había mantenido relaciones, En dicha casa no había posada alguna. Pero una vez que el sujeto había pasado parte del verano en Viena se alojó (descendió: "abgestegen") en un hotel cercano. A lo cual respondió el cochero: "No se como se le ha ocurrido venir a parar aquí, pues más que un hotel es una posada.

Al elemento "posada" se enlaza enseguida el recuerdo de unos versos de Uhland; "Hace poco fui invitado-por un amable posadero". El posadero de estos versos es un manzano.

Otra cita continúa luego la concatenación de ideas: "Fausto, bailando con la joven: Tuve una vez un bello sueño; veía un manzano-en el que relucían dos bellas manzanas. -me atrajeron y subí a cogerlas.- la bella: mucho os gustan las manzanas-desde los tiempos del paraíso;-y siento una gran alegría de que también las haya en mi jardín."( Goethe: "Fausto")

No puede abrigarme la menor duda sobre aquello a que se alude con el manzano y las manzanas, un bello busto era uno de los encantos con los que la actriz había encadenado al sujeto.

El conjunto de este análisis justificaba plenamente la sospecha de que el sueño se retrotraía a una impresión infantil, y que siendo así tenía que referirse a la nodriza del sujeto, el cual se halla próximo a los treinta años. Para el niño es, efectivamente, el seno de su nodriza la posada donde se alimenta. Tanto la nodriza como Safo constituyen en el sueño alusiones a la mujer amada y recientemente abandonada.

En el contenido manifiesto aparece también el hermano mayor del paciente. Este se alla abajo y aquel arriba, circunstancia que constituye de nuevo una inversión de las circunstancias reales, pues me es conocido que el hermano ha perdido su posición social, conservándola en cambio mi paciente. En la reproducción del contenido manifiesto el sujeto una expresión muy corriente "mi hermano estaba arriba y yo por los suelos" que hubiera transparentado en demasía, aunque inversamente, la situación real, pues decimos que una persona esta por los suelos cuando ha perdido su fortuna y posición, esto es cuando podemos decir de ella que ha descendido. El hecho de que en esta parte del sueño quede algo representado en forma invertida tiene que poseer un sentido, y tal inversión ha de mostrarse extensiva a otra distinta relación entre las ideas latentes el contenido manifiesto. El examen de la última parte del sueño en la que la subida muestra el carácter inverso al de la escena de "Safo" nos indica claramente cual es dicha inversión; en "Safo", lleva el hombre en sus brazos a la mujer ligada a él por relaciones sexuales. Así pues en las ideas latentes se trata, a la inversa de una mujer que lleva al hombre, y dado que esto no puede suceder sino en la infancia, se referirán dichas ideas a la nodriza que lleva en brazos, a la criatura y para la cual constituye la crianza del pequeño una pesada carga. De este modo representa el sueño a Safo y a la nodriza por medio de un mismo elemento.

Así como el nombre de "Safo" no fue escogido por el poeta sin un propósito alusivo a una costumbre lesbiana, también los fragmentos del sueño que muestran personas ocupadas arriba y abajo se refieren a fantasías de contenido sexual que ocupan la imaginación del sujeto y que a título de impulsos sexuales reprimidos no carecen de relación con la neurosis. La interpretación misma no nos revela que tales elementos latentes así representados en el sueño sean, en efecto, fantasías y no recuerdos de hechos reales, pues se limita a proporcionarnos un contenido ideológico y deja a nuestro cargo el fijar un valor real. Los sucesos reales y los fantásticos aparecen aquí -y no solo aquí sino también en la creación de productos psíquicos de mayor importancia que el sueño- como equivalentes al principio. La mucha gente significa, como ya indicamos, secreto. El hermano no es sino el representante, incluido en la escena infantil por un "fantasear retrospectivo" de todos los ulteriores competidores amorosos. Por último, el episodio del caballero que insulta al rey de Italia se relaciona de nuevo, por el intermedio de un suceso reciente, pero indiferente en sí, con el acceso de personas de baja extracción a círculos elevados de la sociedad. Es como si a la advertencia que Daudet dirige a los jóvenes hubiera de juxtaponerse otra análoga dirigida a los niños de pecho.